

velo se preocupaba del *es*, More, y las utopías en general, van a tratar de definir detalladamente lo que *debe ser* la vida social, aspecto duramente criticado por el autor florentino, cuando en el capítulo XV del *Príncipe*, afirma:

Muchos se han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende antes su ruina que su preservación: porque un hombre que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son.

En esta descripción del *deber ser* de la vida social que hace More, pudiera parecer que muchas de sus instituciones están tomadas de las costumbres de los pueblos indígenas de América: comunidad de bienes, vida según las leyes naturales... Y sin embargo, la isla descrita en la *Utopía* no es América, ni siquiera una isla americana, ya que no se podía definir el lugar (el mismo autor dice: «Tengo alguna vergüenza en ignorar en qué mar se encuentra la isla respecto a la cual tengo tanto que decir»), pero pertenece sin duda al Nuevo Mundo: el narrador de la obra, Hitlodeo, acompañó a Vespucci en sus tres últimos viajes. More no conoce a Colón, pero sí puede decirse que América suscita en él un entusiasmo que, según Senellart, resulta más turbador aún que el silencio de Maquiavelo. Siguiendo a este estudioso del tema podríamos preguntarnos:

¿Podría decirse que, gracias a Thomas More, el descubrimiento del Nuevo Mundo no ha sido totalmente ocultado en el pensamiento político de principios del siglo XVI? No estoy seguro de que esta afirmación pueda ser totalmente justificada¹.

Por una parte, More ya había escrito, bajo la influencia de Erasmo, una gran parte de la *Utopía*, que el mismo autor consideraba como una continuación del *Elogio de la locura*, antes de descubrir, en Anvers, las *Cuatro navegaciones* de Vespucci. Es entonces cuando redacta la primera parte de la obra, creando el personaje de Hitlodeo. Puede decirse, entonces, que la invención, o cuando menos la intención de la *Utopía*, precede a la revelación americana, lo cual asume en este autor una función poco menos que anecdótica. Por otra parte,

La isla de Utopía (...) no es específicamente americana, y More le atribuye una cultura, costumbres, instituciones, antiguas y refinadas sin relación con las costumbres de los indígenas desnudos, apacibles o feroces, a menudo caníbales, descritos por Vespucci. El antiestatalismo utópico, si bien se adorna del exotismo de las tierras nuevas, no opone todavía el buen salvaje a la corrupción de las naciones civilizadas².

En definitiva, podemos decir que no hay demasiada diferencia entre estas dos recepciones del descubrimiento que hemos expuesto en este apar-

¹ M. Senellart: «L'effet américain dans la pensée européenne du XVI^e siècle», en Alfredo Gómez-Muller (Comp.): *Penser la rencontre de deux mondes. Paris, PUF, 1993. pág. 73. La traducción es nuestra.*

² Senellart, pág. 74.

tado de «ignorancia»: si para Maquiavelo fue como si el acontecimiento no hubiera ocurrido, al no ocupar ningún lugar en su obra, para More todo sucede en un lugar que no existe en ninguna parte. Así, el decenio del descubrimiento se cierra sin haber cambiado nada en el pensamiento europeo. Sin embargo, este es sólo el primer momento de la historia. Muy pronto, como vamos a ver, las cosas van a cambiar radicalmente.

B) Degradación

Y, efectivamente, las cosas cambian. De la ignorancia del ser de América se pasa a la degradación, que cuaja, en los filósofos europeos, en las teorías acerca de la inferioridad del continente americano. Empezaremos este apartado con una cita, que resume el planteamiento del problema:

Los elementos de hecho que sirvieron de base a las diversas teorías sobre la inferioridad del Nuevo Mundo eran, en muchos casos, reales. Es cierto que, geológicamente, las cadenas montañosas de América parecen relativamente recientes y aún no del todo estabilizadas. Es cierto que en muchas de sus regiones prevalece una malsana humedad. Es cierto que alberga vasta profusión de insectos nocivos, al paso que faltan en ella, además de los grandes carnívoros, muchos otros de los mamíferos de mayor tamaño. Es cierto que muchos de sus pobladores son lampiños, otros son relativamente débiles y no faltan quienes todavía parecen incapaces de progreso civil. Es cierto que algunas especies animales no han podido aclimatarse o han resultado estériles en la segunda generación. Por otro lado, no se puede negar que estas discusiones, aunque mal planteadas, contribuyeron al progreso de las ciencias naturales, ya sea perfeccionando sus métodos y criterios, ya sea liberándolas trabajosamente de viejos errores y prejuicios, o bien enriqueciendo el objeto de sus estudios.

¿Por qué, pues, considerándola hoy a la luz de nuestra ciencia y de nuestra lógica, calificamos de «error» la tesis de la inferioridad de las Américas? Por una razón sustancial y, (si queremos ser un tanto pedantes) por tres razones formales. Substantialiter, porque esos elementos de hecho pierden su verdad al ser utilizados en apoyo de una tesis. Formaliter, porque:

a) muchas veces, demasiadas veces, el caso particular ha sido generalizado como regla universal, y la debilidad de un salvaje, lo pantanoso de un valle, el aspecto primitivo de una cordillera se han hecho extensivos, como por contagio paralizante, a todas las razas, valles y montañas del Continente;

b) en otros casos, y a menudo hasta en los mismos casos, aquellos elementos de hecho objetivamente ciertos han sido transformados en juicios valorativos, y a la indebida generalización se ha agregado una indebida calificación peyorativa: suponiéndose, implícita o explícitamente, que el hombre imberbe es inferior al barbado, que el pantano es algo peor que el desierto, que la ausencia de fieras o de estratificaciones geológicas profundas es un estigma de impotencia telúrica, que la «jirafa» es un «bien» y la «cucaracha» es un «mal».

c) en la gran mayoría de los casos, se ha polarizado artificialmente datos, noticias y pormenores de geografía, zoología y botánica, que eran y son verdaderos en sí mismos, pero que no son ni verdaderos ni falsos en oposición a otros datos, elementos y pormenores; hasta la antítesis básica de Mundo Antiguo y Nuevo Mundo, raíz de

todas las demás, sólo subsiste en una mentalidad simplificadora y apasionada, abstracta y polémica, ora contra el Viejo Mundo, ora contra el Nuevo Mundo; y, en suma, el tigre, el salvaje, el pantano y la barba, realidades empíricas y no conceptos, han sido pensadas en contraposición a alguna otra cosa, a algún otro fenómeno individual, de los cuales eran indudablemente distintas: originándose así un error que nace del abuso de la lógica formal, y antecede desde lejos a aquella corrupción de la dialéctica, que llegará en Hegel, precisamente, al fatuo esplendor de una arquitectura inmaterial, a la gloria sinfónica de la «quimera zumbando en el vacío»³.

El error de quienes degradan a América consiste, creemos, en una especie de reto, no planteado en ninguna parte, pero sí asumido por los filósofos europeos, quienes en la grandiosidad americana creyeron ver un peligro para el centro del Universo en que Europa y el hombre europeo se habían constituido.

El iniciador del tema de la inferioridad americana es Francis Bacon (1561-1626) y su tesis del «Continente mojado». Bacon alude a América, no sólo en *La Nueva Atlántida* (cuando se refiere a «la gran Atlántida, que vosotros llamáis América»), sino también en el último de sus *Ensayos civiles y morales*.

Según este autor, América quedó completamente destruida por un diluvio o una inundación —lo que explica la existencia de grandes ríos en el continente— que, aunque no fue muy profunda, duró mucho tiempo. De este modo, hombres y animales perecieron ahogados, subsistiendo sólo algunos salvajes que huyeron a los altos montes de la cordillera andina; con este argumento, el lógico y cientifista Bacon nos presenta una implícita y embrionaria explicación del surgimiento de las civilizaciones andinas. Pero, debido a esta dura experiencia, estos supervivientes americanos son toscos, ignorantes y escasos: América es un continente joven, lo mismo que sus habitantes, que pueden calificarse de gentes simples y salvajes, «incapaces de dejar a sus descendientes letras, artes y civilización». En el ensayo LVIII, titulado «De las vicisitudes de las cosas», resume brevemente la historia:

Bien mirado, es probable que el pueblo de las Indias Occidentales sea un pueblo más nuevo o más joven que el pueblo del mundo antiguo; y es todavía mucho más probable que la destrucción que tuvo lugar allí no fue causada por terremotos... sino más bien por un diluvio particular; porque los terremotos son raros en esas partes; pero, por otro lado, tiene ríos tan caudalosos, que los ríos de Asia, de África y de Europa son sólo riachuelos en comparación a ellos. Asimismo, sus Andes o montañas son mucho más altas que las nuestras; de donde se infiere en qué forma los restos de generaciones de hombres se salvaron de ese diluvio particular.

La lógica inductiva baconiana le permite comparar estos datos científicos con la realidad europea: siendo un ferviente admirador de lo europeo,

³ Antonello Gerbi: *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*. Lima, Banco de Crédito del Perú, 1946. Tomado de la «Introducción».

estas observaciones y su espíritu científico le acaban haciendo llegar a la conclusión de los «magníficos destinos» del progreso occidental, en detrimento de las otras formas de vida diferentes halladas en América.

Sin embargo, la tesis de la inferioridad de las especies animales americanas alcanzará su expresión culminante con Buffon, de quien van a tomar su punto de apoyo los autores posteriores, en el segundo cuarto del siglo XVIII.

Buffon constata con orgullo que las especies animales son diferentes en el Viejo y en el Nuevo Mundo. Pero esta idea, que ya había sido formulada anteriormente por Fernández de Oviedo o Acosta, se transforma en un juicio de valor, derivando de las diferencias empíricamente constatadas la tesis de la superioridad/inferioridad de los continentes. Para apoyar su tesis el autor se apoya en los siguientes argumentos⁴:

— la inexistencia de grandes animales salvajes: Buffon hace un análisis de la fauna del Nuevo Mundo, como si uno tras otro fueran descendiendo del arca de Noé, y va comparándolos sucesivamente con lo que él considera sus «correspondientes» en la fauna europea. Así, a la llama la denomina «bonito diminutivo del camello»; del elefante del Viejo Mundo dice:

Los elefantes pertenecen al antiguo continente, y no se encuentran en el nuevo... Ni siquiera se encuentra allí algún animal que se les pueda comparar ni por la talla ni por la figura⁵.

Sin embargo, un poco más adelante, describe al tapir brasileño, «este elefante del Nuevo Mundo», que resulta para nuestro autor un ridículo paquidermo de bolsillo comparado con el verdadero: «Es del tamaño de una ternera de seis meses o de una minúscula mula».

— decadencia de los animales domésticos: los animales domésticos que los europeos han introducido en América han ido degenerando:

Los caballos, los asnos, los bueyes, los corderos, las cabras, los cerdos, los perros, todos estos animales, digo, se han achicado allí; y... los que no han sido transportados, sino que han ido allá espontáneamente, en una palabra, los que son comunes a ambos mundos, como los lobos, ciervos, corzos, alces, son también mucho más pequeños en América que en Europa, y esto sin ninguna excepción⁶.

— hostilidad de la naturaleza: al describir la naturaleza americana, Buffon da un paso más en su razonamiento: si los animales degeneran allí, es porque la naturaleza es hostil:

Existe, pues, en la combinación de los elementos y las otras causas físicas algo contrario al crecimiento de la naturaleza viva en ese Nuevo Mundo: hay obstáculos al desarrollo y quizás a la formación de los grandes gérmenes; hasta los que, por el suave influjo de otro clima, han alcanzado la plenitud de sus formas y su entero tamaño, se reducen, se empequeñecen bajo aquel cielo avaro y en aquella tierra

⁴ *Conde de Buffon: Oeuvres complètes. Paris, Richard, 1826-28.*

⁵ *Buffon, XV, pág. 402.*

⁶ *Buffon, XV, pág. 444*